

La zona del paria

RICARDO CUADROS

La novela proletaria es nuestro indigenismo. A semejanza del hombre de letras que se adentraba en las regiones del indio para demostrar su amor por las raíces, el novelista social escribe con afecto solidario, para dar noticia de lo que ha visto y oído en el arrabal. Es el caso de **La mala estrella de Perucho González**, donde Alberto Romero narra una vida que no conoce otro mundo que la zona conventillera del Matadero y las áreas pobres del centro santiaguino en los años treinta. La lectura actual de esta novela puede significar un acercamiento a la zona del paria, donde se encuentra encapsulada buena parte de nuestras señas de identidad.

Realidad y lenguaje

En una época dominada por la novela edificante o psicologista, Alberto Romero escribe esta obra dura, procaz, cuya lectura hoy, sesenta y tres años después de su primera edición, deja a la vista toda su fuerza interna, pero también su andamiaje idiomático, en el cual se respira la contradicción de un autor que deseaba ser honesto en su representación, pero no podía abandonar su temor a ser grosero o de mal gusto.

En la novela, la realidad de Perucho González es la del pájaro en tierra, la de las clases sociales condenadas a la miseria. Como individuo, Perucho hace un recorrido novelesco muy poco envidiable, que apenas admite destellos de ternura, de ensoñación infantil o adolescente. Y el espacio geográfico y cultural en que se mueve no es mucho más que un "afuera" de sí mismo que primero lo deslumbra y luego lo atrapa en sus engranajes, para burlar sus deseos y convertirlo en otro iniciado en las artes brutales de la sobrevivencia.

Alberto Romero, que no es proletario ni hampón, se propone transmitir estos dolores y fealdades y lo hace en un castellano heredado del neoclásico español y del peor modernismo hispanoamericano. Un par de ejemplos: "Anidado en un cajón vinero, entre trapos y un viejo pañolón, vivió unos días terriblemente iguales de opresión y anonadamiento", dice para describir la lactancia de Perucho. Y más adelante, para hablar de su primera salida al área pública: "A lo largo de San Diego, los almacenes brillaban con una profusión indescriptible. Bares, farmacias, zapaterías". Este idioma sobrecargado de

adjetivos cumple con una función de sordina, o de antesala de la miseria. El lector, parece decir Alberto Romero, no puede ser enfrentado de manera directa con la extrañeza del arrabal. Salvo cuando se le otorga la palabra a los propios personajes, es decir cuando habla el paria. Entonces alguien podrá decir "El adre, la verdad, es que engorda pocazo, cabro, y si uno no machuca el charqui se

desgracia y lleva consigo el frío de su origen, pero Alberto Romero no se permite una novela sentimental o de reivindicación de las virtudes de la pobreza. Lejos de eso, su estilo consiste en mantener de punta a cabo el tono seco de una existencia que se desplaza desde la pieza maloliente de su infancia a la calle, a la cárcel y nuevamente a la calle, para cumplir con su destino

del Mapocho, la vida ofrece el sabor directo, potente, de la marginación socio-económica agravada por la gran crisis. Alberto Romero, hombre de letras, recorre las esquinas y los tugurios, buscando la materia prima para redactar su relato. Y lo que encuentra es el deseo (y su frustración) en estado puro: deseo de comida, de sexo, de vino, de dinero.

La mala estrella..., mucho más que la historia de

proletario, y el matadero es lugar que cumple con funciones semejantes a las del burdel o la cárcel. Allí van a dar: el ganado al matadero para convertirse en comida y dinero, el lumpen al burdel o la cárcel para mantener a raya el deseo de sexo "animal" y de libertad sin ley o "libertinaje".

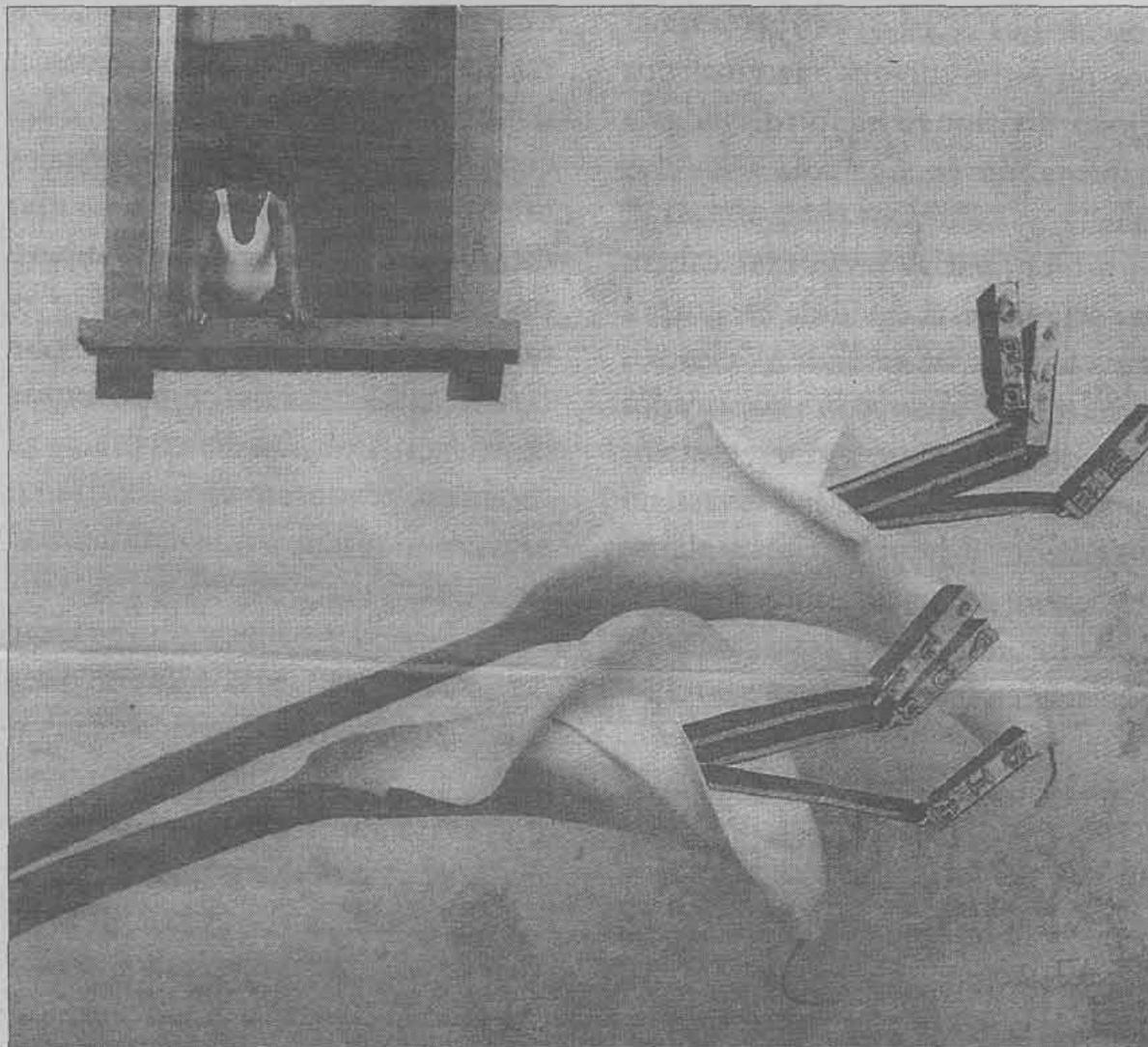
Las coordenadas políticas y económicas que hacen posible este submundo, que deciden este orden implacable, no aparecen tematizadas en **La mala estrella de Perucho González**. Aquí el lumpen santiaguino aparece como un universo cerrado, obediente a sus propios impulsos y necesidades, quizás anómalo, pero integrado a la capital de Chile. Lo ausente del relato son las otras áreas de la ciudad, las otras clases sociales, las instancias de poder. Y esta ausencia "brilla" en la conciencia lectora, que necesariamente se pregunta por ellas. Concentrado en el lumpen, y evitando refugiarse en interpretaciones que hoy llamaríamos "políticamente correctas", Alberto Romero escribe una metáfora social del deseo y la frustración del deseo, como pocas en la narrativa nacional.

Esta edición

Ya en la primera página del prólogo, de Volodia Teitelboim, se incurre en una errata fenomenal: anota el prologuista que Romero le contó que una vez había visto a la policía llevando a un hombre desnudo y esposado "que había sacado a la fuerza un par de minutos de la cama caliente de una prostituta". Si la omisión del "antes" que debería separar a los minutos de la cama para que la frase alcance su sentido. La responsabilidad del texto que sale a las librerías es de quien corrige las pruebas.

Ahora bien, el prólogo es una buena aproximación al autor, ese personaje. Como introducción a la lectura de la novela, facilita la comprensión de algunas claves de la obra de Romero, en especial las relacionadas con su condición de afuerino de la miseria, de visitante y narrador del arrabal.

Una sociedad como la chilena, institucionalmente cortada en un antes y un después del año 1973, tiende a angustiarse por la dificultad para reconocer un pasado anterior a los años sesenta. Relatos como **La mala estrella de Perucho González**, con sus limitaciones formales incluídas, son indispensables para rearmar el recuerdo en sus partes más turbias.



amueta", o "Son amigas de toítos, y como guenas, claro que andan por ahí no más; pero son alegres, alentadas y cuando la agarran, sobre todo la gorda, se ponen cariñosas y no quieren pararla nunca".

La novela completa se sostiene en esta tensión entre la lengua que el autor considera literaria y el habla popular. Alberto Romero se adentraba en las regiones de la marginalidad pero, caballero de clase media, se imponía la distinción entre el arte y la vida, entre la escritura producto de su mano y la reproducción, a menudo onomatopéyica, de las jergas arrabaleras.

Entre el Matadero y el Mapocho

Perucho es hijo de la

Perucho es hijo de la desgracia y lleva consigo el frío de su origen, pero Alberto Romero no se permite una novela sentimental o de reivindicación de las virtudes de la pobreza. Su estilo consiste en mantener de punta a cabo el tono seco de una existencia que se desplaza desde la pieza maloliente de su infancia a la calle, a la cárcel y nuevamente a la calle.

marginal. La "mala estrella" de Perucho González es definitiva y Alberto Romero apenas divaga sobre las causas de su fatalidad. Lo suyo es trabajo de cronista, más cerca del periodismo policial o de reportajes que de los narradores revolucionarios de aquellos años.

Entre el Zanjón de La Aguada y el Matadero, la Plaza de Armas y las riberas

Perucho González, es la representación de un cuerpo colectivo que para sobrevivir —para satisfacer su deseo de vida— no tiene otro poder que su resignación o su astucia. Resignación rabiosa de los padres de Perucho, de los ladrones atrapados, de las mujeres victimadas por

sus amantes y alcahuetes. Estos seres marcados por la aceptación del orden que los reduce a objeto y víctima, están ya presentados en la apertura del relato, cuando Romero dice "Al caer la noche, hasta la madrugada, los piños de ganado se arrastran con dolorosa lentitud camino del Matadero". En **La mala estrella...** el ganado es asimilable al lumpen